

UN HILO HELADO

TEXTO DE NORMA MUÑOZ LEDO
ILUSTRACIONES DE CLAUDIA NAVARRO





NORMA MUÑOZ LEDO nació en la Ciudad de México, en 1967. Estudió la licenciatura en Pedagogía en la Universidad Panamericana y posteriormente realizó una maestría en Literatura Infantil en la Universidad de Warwick, Reino Unido. Entre 1994 y 1995 fue parte del equipo IBBY México que, con el apoyo del Fonca, reunió la colección de temas de literatura infantil para la cual escribió tres ensayos: *Fantasía, juego y literatura infantil*; *Los medios de comunicación y la literatura infantil* y *¿Por qué a los adolescentes no les gusta leer?* Entre 1996 y 1997 participó como guionista del programa infantil *Bizbirije*, producido por Canal 11. Fue becaria de la generación 1997-1998 de Jóvenes Creadores del Fonca, en la categoría de cuento.

Es autora de un gran número de libros de literatura infantil y juvenil: *El gran mago Siras* y *Mamá Tlacuache*, *Zorrillo*, *Cuentos para tlacuaches* y *El nuevo restaurante de Pierre Quintonil* (SM); *Matemágicas* y *Moldavita* (Norma); *¡Cállate, perrito!* y *Polvo de estrellas* (Alfaguara); *Andrea se viste de rojo* (Editorial 3 Abejas); *Bestiario de seres fantásticos mexicanos* (FCE) y muchos otros.

UN HILO HELADO

Instituto Nacional Electoral

Consejera Presidenta
Lcda. Guadalupe Taddei Zavala

Consejeras y Consejeros Electorales
Mtro. Arturo Castillo Loza
Norma Irene De La Cruz Magaña
Dr. Uuc-kib Espadas Ancona
Mtro. José Martín Fernando Faz Mora
Carla Astrid Humphrey Jordan
Mtra. Rita Bell López Vences
Mtro. Jorge Montaña Ventura
Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas
Mtro. Jaime Rivera Velázquez
Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Encargada de despacho de la Secretaría Ejecutiva
Lcda. María Elena Cornejo Esparza

Encargado de despacho del Órgano Interno de Control
Lic. Luis Oswaldo Peralta Rivera

Encargada de despacho de la Dirección Ejecutiva
de Capacitación Electoral y Educación Cívica
Mtra. Nancy Natividad Rendón Fonseca

Directora de la Unidad Técnica
de Igualdad de Género y No Discriminación
Arq. Flor Dessire León Hernández

UN HILO HELADO
Primera edición INE, 2023

Textos: Norma Muñoz Ledo
Ilustraciones: Claudia Navarro
Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez
Edición: Ana Arenzana
Investigación: María Elena Álvarez Bernal
Corrección de estilo: Martha Elena Lucero
Diseño: Juan José Colsa

D.R. © 2023, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7
ISBN volumen impreso: 978-607-8870-57-8
ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7
ISBN volumen electrónico: 978-607-8870-55-4

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

UN HILO HELADO

TEXTO DE NORMA MUÑOZ LEDO
ILUSTRACIONES DE CLAUDIA NAVARRO

PRESENTACIÓN

La Unidad Técnica de Igualdad de Género y No Discriminación del Instituto Nacional Electoral tiene como objetivo transversalizar en todas las áreas del Instituto y de los servicios a la ciudadanía, el enfoque de derechos humanos y los principios de igualdad de género, no discriminación y paridad, para que de forma sustantiva las personas participen en las elecciones y sean parte de la toma de decisiones que les involucren sin discriminación.

Un hilo helado es una propuesta literaria que se suma a la colección **Árbol** que el INE pone al alcance de niñas, niños y personas adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana, valores democráticos, interculturalidad e igualdad entre mujeres y hombres.

A través de las siguientes páginas, las y los lectores podrán tener un acercamiento a la vida de una mujer cuyos derechos se ven triplemente afectados: por su edad, por su género y por su discapacidad.

Con esta obra se busca dar realce a la importancia de estar atentos y actuar con justicia y generosidad con las mujeres quienes tienen derecho a ser tratadas con igualdad y que, si su circunstancia es adversa, con mayor razón debe existir un esfuerzo del Estado y de la sociedad en su conjunto para que reciban un trato justo y adecuado. Esto en congruencia con los derechos estipulados por la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, el cual está destinado a que las niñas y los niños, solos o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, reflexionen sobre la importancia de ser empáticos con las personas mayores.



UN HILO HELADO

Cuando murió Paco, el director de la escuela le permitió a Paula faltar un mes con goce de sueldo, para que pudiera arreglar todo. ¿Arreglar qué? Paco era muy organizado, desde joven tenía pagados sus gastos funerarios. Sin embargo, por más previsión que se tenga, una nunca está preparada para ese momento. ¡Tantas cosas que iban a hacer cuando ambos se jubilaran!

Esa mañana, como todas las mañanas, Paco había estacionado su coche en el mismo lugar en el que lo dejaba cada día, a unas cuadras de la escuela, para caminar con ella y dejarla en la puerta. Iban de la mano, como novios, comentando todo lo que veían, siempre las mismas cosas: el perro aburrido en un balcón, los geranios que florecían en tal otro, esa casa blanca de la esquina, que siempre estaba vacía y en cuya entrada se juntaban hojas secas y correspondencia...

Minutos antes del recreo, le hablaron a Paula para decirle que a Paco le había dado un infarto en el trabajo y estaba en el hospital. Ella sintió un hilo helado que entraba por su oído, acompañado de un zumbido.



En esos días, Lorenzo y María, sus hijos, estuvieron a su lado. Paula demostró mucha fortaleza, nunca fue una persona de lágrimas fáciles. Lorenzo vivía en Puebla y pidió vacaciones en su trabajo para quedarse con su mamá una semana más. Mientras estuvo con ella, fue insistente en hacer las cuentas. Entre la pensión de Paco y el sueldo de Paula en la escuela, le alcanzaría para vivir.

—En dos años ya te jubilas, mamá —comentó su hijo.

Paula asintió con un suspiro.

—Qué bueno que desde hace diez años hago aportaciones voluntarias al Seguro Social. Mi jubilación será un poco mejor y eso me da tranquilidad: de ninguna manera quiero depender de ustedes cuando sea vieja.

Lorenzo tomó la mano de su mamá y la puso entre las suyas.

—No te preocupes por eso, sabes que siempre te vamos a apoyar.





Paula regresó a su trabajo a principios de diciembre. Siempre adornaba la biblioteca con decoraciones navideñas y ponía un muñeco de nieve lleno de chocolates sobre su escritorio, pero en ese momento no sentía ánimo para esas cosas. Sofía, la directora de la primaria, le sugirió que se quedara en casa hasta enero, pues diciembre era un mes de fiestas y exámenes finales, no había mucho que hacer. Pero Paula prefería estar en la escuela, ocupada con cualquier cosa, a estar sola en su casa.

Ese diciembre, la temperatura fue particularmente baja. Mientras caminaba a la escuela por las mañanas, Paula sentía que el frío de afuera combinaba con la tristeza de su corazón. Ya no miraba al perro, que quizá algún día de éstos le movió el rabo, ni a las macetas de nochebuenas que habían sustituido a los geranios, ni a la familia que llegó a vivir a la casa blanca de la esquina. El zumbido en su oído derecho iba y venía.

Lorenzo y María, con su familia, pasaron la Navidad con ella. Aunque querían aparentar que estaban tranquilos y hasta contentos, el recuerdo de Paco hacía que los ojos se les pusieran líquidos a cada rato.

—¡Quiten la cara de pescado! —pidió Luca, la hija menor de María. A todos les dio risa y se animaron un poco.

Después de la Navidad, una gripa feroz atacó a Paula y a Lorenzo. Pasaron el año nuevo en cama. Para el día de Reyes ya estaban mejor, aunque a Paula todavía le dolían los oídos. Lorenzo la convenció de ir con él a Puebla para partir la rosca con las hermanas de Paula y su mamá, que vivían en esa ciudad. Ella estuvo de acuerdo y le dio gusto ver a su familia, sin embargo, la gripa no acababa de irse. Cuando venía de regreso, en la carretera, los oídos se le taparon y le dolieron mucho. Por más que bostezaba, la sensación no se iba.



Llegó un poco mareada a su casa y se fue a acostar. En la madrugada, un agudo dolor de oídos la despertó. Paula juraba que nunca nada le había dolido de esa manera: era como si se los estuvieran perforando desde adentro con un taladro diminuto.

Al día siguiente tenía la sensación de que un corcho en los oídos le impedía escuchar con claridad. Se asustó mucho y fue corriendo al doctor, quien la revisó con gesto serio y le hizo unas pruebas con un diapasón. Si el artefacto no estaba muy cerca de ella, no escuchaba el sonido. El médico le explicó que, además de la gripa, había tenido una infección de oídos y ambos tímpanos estaban muy inflamados. El cambio de altura en la carretera había causado que se le reventaran. “Una otitis mal cuidada”, concluyó. Al ver la cara de aflicción de Paula, le dijo que no se preocupara, que el tímpano sanaría solo y le mandó un medicamento para la inflamación.

El dolor se quitó pronto y, conforme pasaban las semanas, la sensación de tapón en los oídos fue cediendo. Paula tenía la impresión de que no escuchaba igual que antes, pero no le dio importancia: las preocupaciones del día a día empujaron sus sospechas a ese lugar entre bastidores a donde se mandan las cosas cuando no se quiere pensar en ellas.



Al terminar el año escolar, decidió aprovechar las vacaciones para cambiarse de casa. Aunque sus hijos ya habían dejado el nido hacía algunos años, la ausencia de Paco hizo que la casa donde vivía de pronto le pareciera demasiado grande y, sobre todo, silenciosa. Cuando estaba ahí, prefería cerrar las puertas de los cuartos, pues al verlas pensaba que eran bocas abiertas que no decían nada, y su mudez se sumaba al silencio de las ausencias.

María no estaba de acuerdo con el cambio. Le dijo que sus hijos extrañarían el jardincito en el que Paco había puesto un columpio para los nietos, pero Paula estaba decidida, así que se puso a ver departamentos. Por fin encontró un lugar cercano a la escuela y a un parque, al que podría ir con los niños cuando fueran a visitarla.

El primer día de clases del siguiente año, Paula se pintó la boca con ese color que le alegraba la cara y que tanto le gustaba a Paco, se puso unos aretes amarillos que hacían juego con su blusa, arregló las flores que estaban en el florero de la entrada y se fue a la escuela con paso ligero. En algún lugar sentía que ese primer día del año escolar empezaba para ella un tiempo distinto. Al recorrer el nuevo camino matutino, notó que en esas calles no había perros aburridos, pero sí un par de jaulas con pericos.



Encontró varios balcones con flores y decoraciones, y se hizo amiga de un gato rayado que le maulló con insistencia para que le hiciera unos cariños.

Los primeros días del año, la biblioteca tenía pocas visitas. Conforme pasaban las semanas se iba llenando, y a la hora del recreo no faltaban niñas y niños que iban a hacer consultas o a buscar libros para préstamo. Si ella no estaba en el mostrador, la llamaban y les ponía el sello con la fecha de entrega en las tarjetas y anotaba sus nombres.

Ese día no había nadie, así que Paula fue a su escritorio, situado detrás de los anaqueles, y se puso a leer. De pronto se percató del sonido de una voz femenina, pero no entendió bien las palabras. Se acercó al mostrador y vio a un par de adolescentes como de quince o dieciséis años: una chica llamada Elena, que solía ir a la biblioteca desde que iba en primaria, y un chico al que no había visto antes por ahí.

—¡Ah, Paula! ¡Ahí está! ¡Pensábamos que no había nadie, ya teníamos un rato llamándola! —dijo Elena, con un libro en la mano, lista para el primer préstamo del año.





—¡Estaba distraída por allá! —mintió Paula; lo cierto es que no había escuchado nada.

Mientras anotaba el nombre y ponía el sello en la tarjeta, Paula y Elena intercambiaron un breve diálogo sobre las vacaciones. Cuando le devolvió el libro, Paula observó al muchacho que iba con la chica, le pareció reconocer el rostro de gesto serio y la cabeza con rizos que le caían sobre la frente.

—¿Tú no eres mi vecino? —le preguntó, entrecerrando un ojo—. Creo que vives en el mismo edificio al que acabo de cambiarme.

El chico la miró inexpresivo.

—¿En serio?! —exclamó Elena—. ¿Se cambió al 123 de la calle Geranio?

—¡Ahí mismo! —repuso Paula.

—Ahí viveeees —Elena tocó las costillas de su amigo con el codo. El chico se sonrojó.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Paula.

—Teo —contestó él sin mirarla a los ojos.

—Teo, yo soy Paula y vivo en el 301. Ahí tienes tu casa.

Él asintió, todavía un poco ruborizado. Paula se despidió y regresó a su escritorio. Tenía suficiente tiempo de tratar con las y los adolescentes como para saber cuándo no decir más.

Después de ese día, sus encuentros con Teo fueron esporádicos. Nunca coincidían al ir a la escuela o al regreso de ella y solo muy de cuando en cuando se encontraban en el elevador del edificio donde vivían. Su vecino apenas la saludaba.

También a partir de ese primer día, Paula comenzó a notar algo. Era como si a su alrededor se hinchara, milímetro a milímetro, una esponja calladita que la aislaba del mundo. Su capacidad auditiva se iba alejando como una barquita a la deriva en un agua calma y ella se sentía, cada vez más, una isla rodeada de un mar de sonidos confusos. En la escuela, tuvo que hacer cambios. Con el pretexto de que debía estar pendiente del alumnado, le pidió al conserje que le ayudara a colocar su escritorio a un lado del mostrador. Ya le había pasado en varias ocasiones que, cuando estaba al fondo, no escuchaba a quienes la llamaban, sobre todo si eran voces femeninas, hasta que gritaban: “¡Paulaaa!”. Ese cambio también le dejó ver que las visitas a la biblioteca disminuían día con día.

—Ya todo lo ven en el teléfono —comentó Augusto, el profesor de música. Él era el otro decano de la escuela, había entrado a trabajar un año después de ella.

Paula sabía que cuando un sentido comienza a atrofiarse, otros sentidos se agudizan, por eso no le sorprendió darse cuenta de lo atenta que iba en la calle. Ya no tanto a los balcones, perros, gatos y pericos, sino a cualquier movimiento en su visión periférica. Un día, al cruzar una calle, casi chocó con un señor que iba en una bicicleta en la que llevaba una canasta de pan. Sobre el manubrio tenía una trompeta pequeña que



tocaba todo el tiempo para anunciar su presencia y sus panes. Pero Paula se dio cuenta cuando el señor y su bici aparecieron de repente. Los sonidos agudos se le escapaban más rápido que los graves. Otro día pegó un brinco del susto cuando vio junto a ella a un niño que iba en patines: para nada lo había escuchado.

Muchas cosas pasaban por su cabeza, como en un teatro. Las actividades de la vida diaria, que ocupaban toda su atención, ocurrían en el proscenio: su trabajo, su casa,



hablar con su familia, sus amistades, los libros que leía, regar sus plantas, preparar su comida, ir al súper o, cuando le daba tiempo, al mercado sobre ruedas, que le gustaba más. Pero entre bastidores había un constante runrún mental que no compartía con nadie. Solo Paula sabía lo que decía su propia voz en ese sitio silencioso en el que ella era la única espectadora: desde un cierto temor a salir a la calle y el pánico ante la mera idea de que un médico confirmara un diagnóstico de sordera, hasta el rechazo a usar un aparato que todo mundo notaría acurrucado en su oreja y que de inmediato, aun sin conocerla, haría que la gente pensara: “la señora está sorda”.

Una mañana, al abrir la puerta de su departamento, lo primero que vio fue el rostro enojado de una mujer. Paula sabía que era la mamá de Teo; se había dado cuenta de que vivían en el departamento debajo del suyo. La señora, muy molesta, le espetó que la noche anterior Paula había estado viendo la tele a un volumen altísimo, que ella trabajaba en el cuarto de abajo y nada más no había podido hacerlo porque se escuchaba la serie que estaba viendo “como si la tuviera en mi casa”; hasta le



dijo cuál era. Luego le reclamó que le había ido a tocar el timbre y nadie le había contestado, pero ella sabía perfectamente que ahí estaba, por la tele. Paula quería que la tierra se abriera y la engullera. No había escuchado ni pío y era consciente de que últimamente tenía que subirle al volumen de la tele o no se enteraba de nada. Le ofreció disculpas a su vecina y le aseguró que no volvería a suceder. En un intento por excusarse y al mismo tiempo ganarse un poco de empatía, le dijo que había perdido mucho el oído en ese año.

—¡Pues haga algo al respecto, señora! —remachó la mamá de Teo, mientras se daba la vuelta en dirección a las escaleras.

Paula cerró la puerta. Debía irse en ese momento para llegar a tiempo a la escuela, pero sentía las rodillas flojas y le temblaban las manos. Fue a la cocina a servirse un vaso con agua, pues tenía la lengua como un estropajo. Su pecho era un panal de abejas que la agujoneaban: sentía vergüenza con la mamá de Teo y también enojo por la forma como le había reclamado. En la escuela, a las alumnas casi siempre tenía que pedirles que repitieran lo que habían dicho y cuando estaba en un grupo de maestras se sentía excluida pues, aunque a la mayoría las conocía de hacía años e incluso algunas eran sus amigas, si hablaban todas era como ver una película en otro idioma: las bocas se movían, pero ella no entendía las palabras. En ese momento reconoció cuánta desesperación y rabia le daba no escuchar como antes.

Terminó el vaso de agua, inhaló profundamente y se fue a su trabajo.

A la hora del recreo, Teo fue a la biblioteca. Ella de inmediato notó en su cara que el chico quería decir algo. Paula se acercó a él y Teo se puso rojo.





—Le pido una disculpa por el regaño de mi mamá.

—No, no, Teo, no te apures —se apresuró a decir Paula—. La culpa es mía por poner la tele tan alto y causar molestias.

—Mi mamá trabaja en un despacho de contabilidad, pero casi nunca termina y tiene que llevarse trabajo a la casa —explicó Teo e hizo una pausa—. Usted podría ponerle subtítulos a la serie, así le hace mi abuela.

Paula sintió que era ella quien se ruborizaba. El “usted” de Teo fue incómodo, la mayoría de los alumnos le hablaba de tú.

—No sé muy bien cómo hacer eso.

—Yo puedo enseñarle, es muy fácil —añadió Teo.

—¡Ay, no, no! —atajó ella—. El próximo sábado mi hija y mi hijo vendrán a comer conmigo, se lo pediré a ellos. ¡Estoy muy apenada! ¡No sabía que estaba tan sorda!

Teo asintió con un gesto serio que le dio a entender a Paula, sin dar lugar a confusiones, que al menos él ya se había dado cuenta. Paula sintió una explosión caliente en la boca del estómago.

—¿Alguien más se ha dado cuenta?

Teo se ruborizó más y asintió nervioso.

—¡Ay, ay, ay! —las manos de Paula sudaban—. ¡Tu mamá tiene razón! ¡Tengo que hacer algo!

El incidente hizo que sus miedos pasaran de estar entre bastidores a casi aventarse al público como hacen algunos cantantes de rock. No podía dejar de pensar en eso y sabía —aunque se ponía nerviosa nada más de imaginarlo— que era impostergable hablar del tema con su familia.



La mañana del sábado se despertó temprano, preparó un pollo con champiñones y fue a comprar flores. Lorenzo, María y su familia llegaron puntuales, cada quien llevaba algo. Paula estaba feliz de verles. Durante toda la comida, aunque estuvo extra atenta, no podía evitar escuchar mejor las voces graves de Lorenzo y de su yerno que la de el resto de su familia. Cuando no entendía lo que le decían, les pedía que le hablaran más alto. A la hora del postre, una de sus nietas se sentó en sus piernas. De pronto, mientras comía un cono con helado, la niña dijo:

—Abuelita, no oyes nada, ¿verdad?

Quizá porque estaba muy cerca de ella, Paula escuchó la pregunta clara y diáfana y sintió las mejillas más calientes que el café que estaba tomando.

El silencio que siguió fue espeso. María y Lorenzo se miraron entre sí. María le dio la mano a su mamá con gesto apenado.



—Tiene razón, he perdido mucho el oído —admitió Paula mientras asentía con la cabeza—. Quería hablar de eso con ustedes, pero no sabía cómo. ¡Y miren! Como dice el dicho, “los muchachos y los borrachos siempre dicen la verdad”.

—María y yo ya lo habíamos notado. También nosotros queríamos hablar de eso contigo —dijo Lorenzo.

—¡Ah! —suspiró su mamá—. La verdad, me ha costado mucho trabajo reconocerlo. Pero tengo que atenderlo, no hay de otra.

—Me recomendaron una audióloga, dicen que es muy buena. Si te parece bien, el lunes haré una cita con ella —propuso Lorenzo.

Paula les contó cómo se sentía, lo que había pasado con su vecina y lo que le sucedía en la escuela.



—Mamá, ¿por qué esperaste hasta que pasó todo esto? —preguntó María con tono cortante.

Paula se quedó un momento en silencio.

—Bueno, no ha sido fácil... el doctor me dijo que mi tímpano sanaría solo y no fue así. Al final, se trata de aceptar que una envejece, que el cuerpo no se recupera igual que antes —reconoció Paula—. Además, he estado averiguando los precios de los aparatos... ¡los buenos son carísimos! Tengo un seguro de gastos médicos que cubre parte del costo, pero aun así, es mucho dinero.

—Ha sido un año complicado para ti —intervino Lorenzo—: la pérdida de papá, luego esa gripa tan fea que nos dio en diciembre, lo del tímpano, la mudanza...

María observaba a su mamá intensamente, pero su gesto denotaba contrariedad.

—¡Pero mamá! ¡Hay que actuar con sentido práctico, como papá! Si algo tiene que arreglarse, se arregla y punto. ¡No entiendo por qué dejar que el tiempo pase y las cosas empeoren! —insistió.

Paula le devolvió una mirada seria.

—Ya lo dije: admitir que estás envejeciendo no es fácil y...

—Mi esposo y yo iremos a una boda en dos semanas en Cuernavaca —la interrumpió su hija—. ¡Y no podemos dejarte a las niñas! ¡Qué preocupación si no oyes nada! ¡Hay que resolver lo del aparato ya, para que puedas estar con tus nietas!

Paula apretó los labios e hizo su silla para atrás, dispuesta a levantarse de la mesa, pero Lorenzo puso una mano sobre su brazo.

—Oye, María, ¿qué te pasa? ¡Pídele una disculpa a mamá por lo que acabas de decir! Ella tiene que estar bien por ella misma, por su calidad de vida, no para cuidar a nadie —María nunca había visto a su hermano tan serio.



—¡Sí, pero también hay que actuar de forma más práctica!, ¡es todo lo que digo!
—retrucó María.

Seguramente su hija estaba alzando la voz, porque Paula escuchó sus palabras con toda claridad y las sintió como latigazos en sus oídos. Decidió ir a su cuarto. María y Lorenzo se quedaron discutiendo en la mesa. Sus nietas empezaron a llorar y el esposo



de María dijo que las llevaría al parque. Al final se fueron todos, solo quedó Lorenzo. Cuando notó el silencio, Paula salió de su cuarto. Lavaron los platos sin decir nada. Luego Lorenzo abrazó a su mamá y ella lanzó un suspiro profundo.

—Vamos a buscar la solución, no te preocupes —dijo con tranquilidad.

Ese fin de semana, Lorenzo y su mamá acordaron hacer la cita con la doctora, quien de seguro le pediría estudios a Paula. A pesar de que el recuerdo de lo ocurrido con María se volvía una bolita densa en su garganta cada vez que venía a su memoria, Paula se sentía tranquila de haber hablado y de tomar decisiones para mejorar su situación.

El lunes siguiente, en cuanto llegó a la escuela, fue a la oficina del director. Quería hacer una cita con él para hablar del tema y avisarle que se ausentaría un día. Paula le tenía mucha confianza, lo consideraba su amigo. Se conocían desde antes de que fundara la escuela y él mismo la había invitado a ser la bibliotecaria. A lo largo del tiempo le había prometido muchas cosas: una ampliación de la biblioteca y del acervo, una sala de computadoras que se instalaría a un lado... nada de eso se hizo. Solo se mantenía un presupuesto, que no había cambiado en ocho años, con el que Paula podía hacer algunas compras de libros y revistas al año.

Al llegar con la secretaria la notó extremadamente amable.

—El director ya me había pedido que hiciera una cita con usted. ¿Le parece bien hoy a las dos de la tarde?

Paula dijo que sí, pero estuvo pensativa toda la mañana, ¿qué querría decirle?

Su trabajo no figuraba en el incesante runrún que había en la cabeza de Paula. Por eso, cuando escuchó al director darle la noticia de su despido en el mes de diciembre, se quedó helada. Aunque lo escuchaba a la perfección, sus palabras parecían viajar en un vendaval que las encimaba y hacía que unas a otras se atropellaran... Él le dio sus razones: los tiempos habían cambiado, se requería una sala amplia de computadoras y se usaría su espacio, pues la biblioteca ya era obsoleta.

—Y además, tengo que decirte algo, Paula —remató el director con tono condescendiente—: hay muchas quejas, sobre todo de las alumnas. Dicen que ya no escuchas bien, que tienen que gritarte para que oigas. Pero no te preocupes, tu liquidación será conforme a la ley y tendrás suficiente dinero para resolver ese problema. Después de 23 años de trabajo, ¡te tocará bastante!

La cabeza de Paula daba vueltas.

—Yo no quiero una liquidación —atinó a decir—. He pagado una cuota suplementaria en el Seguro Social durante años para tener una mejor jubilación. La liquidación me



servirá un tiempo, pero no me alcanzará para vivir cuando sea mayor, ¡tengo 65 y mi familia es longeva! ¿Podrías esperar un par de años para que me jubile? Así no tendrás que gastar en mi liquidación y salimos ganando tú y yo.

El director negó con la cabeza y repitió sus razones. De nuevo terminó con que “las alumnas se quejaban de que ella no escuchaba nada”.

—Parece que la verdadera razón de mi despido es mi sordera y no otra cosa —argumentó Paula, molesta.

—Es todo junto —admitió el director.

Paula sentía en su pecho remolinos de lava a punto de hacer erupción. Tomó su bolsa y se puso de pie con los labios apretados, como si con esa acción cerrara el cráter.



—No lo tomes a mal —le pidió el director—. También vamos a prescindir del profesor Augusto. Los tiempos cambian, hay que adaptarse.

Paula alzó las cejas, molesta.

—¿Me tendría que sentir mejor porque también corres a Augusto? ¡Vaya!

Salió de la escuela echando volutas de humo, pero al llegar a la calle se desmoronó. Lorenzo le habló en ese momento para preguntarle cómo había estado la junta y al contarle se puso a llorar. Con la plática se calmó y decidió ir a la casa de Augusto, quien vivía cerca. La idea de quejarse con su colega, igualmente agraviado, le daba consuelo. Al llegar, Augusto mismo le abrió la puerta de su casa y la invitó a pasar. Se veía un poco incómodo, pero ella no lo notó.

—¡Es una barbaridad que nos hagan esto, Augusto! ¡Si falta tan poco para nuestra jubilación! —arremetió Paula, muy enojada.

El profesor de música la dejó hablar. Su semblante se desmejoraba por segundos. De pronto, Paula detuvo el torrente de sus palabras.



—¿Estás bien? —le preguntó, un poco asustada.

—Paula... a mí no me despidieron —repuso Augusto—. El director me pidió que no te dijera, pero no tengo cara para mentirte.



Paula abrió los ojos como lunas y ahogó un grito. El profesor de música continuó.

—Hace una semana me dio los mismos argumentos que a ti: que la música ya no le interesaba a nadie, que haría una sala de computadoras en mi salón, que nos despedirían a los dos... todo igual. Yo le dije que no podía dejar de trabajar porque mi esposa se quedó sin empleo hace un año y mi hija menor todavía vive con nosotros. Yo mantengo a mi familia, necesito este ingreso. Y me dijo que, en ese caso, a mí me conservaría el trabajo hasta mi jubilación, pero a ti no, que al fin y al cabo nadie depende económicamente de ti.

Augusto no quería ni verla a los ojos, solo pudo encoger los hombros.

—¡Augusto...! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Qué te hace pensar que yo no necesito mi salario? ¡A mí nadie me mantiene, yo pago todos mis gastos! Para mí es importante mi jubilación, ¡no quiero depender de Lorenzo y María! ¿Acaso esperan que yo encuentre otro trabajo? ¿Una bibliotecaria, a mi edad?

Por segunda vez en ese día, Paula se levantó de la silla impulsada por la fuerza de un volcán a punto de explotar. Caminó rápido hacia la puerta, con Augusto detrás, quien le pedía que entendiera su situación. Pero Paula salió a la calle sin mirar atrás ni despedirse, y no se detuvo hasta que llegó a su casa, cerró la puerta y se sentó en una silla a dejar que el volcán hiciera erupción. Lava y cenizas salieron expulsadas hacia el cielo. En el material incandescente iba todo: desde la palabra “obsoleta” junto a “biblioteca”, la mentira con respecto al profesor de música, hasta el retintín de las palabras del director acerca de las quejas de las alumnas por su sordera. Ya era de noche cuando la llamó Sofía, la directora de la primaria. El director le había hablado para darle la noticia un momento antes y pedirle que “arreglara una fiesta, un homenaje o

algo para que no se viera tan feo el despido”. Cuando supo la versión de los hechos contada por Paula, se puso furiosa.

—¡Ahora lo entiendo todo! Supimos que uno de los padres de familia hará una donación de 50 computadoras para ahorrarse impuestos y dijo que pondría dinero para la nueva sala, que llevará su nombre. El director no quiere construir algo nuevo, por eso piensa usar la biblioteca y el salón de música —la maestra tomó aire—. Pero, ¿qué no sabe? ¡Esto que te hizo es injusto y no se quedará así!

Al día siguiente, la noticia del despido de la bibliotecaria, sus circunstancias y mentiras, le dio vueltas a la escuela como llevada por los zapatos alados de Mercurio. Si a Paula le daba vergüenza que la gente notara el aparato acurrucado en su oreja, ver que lo sucedido estaba en boca de todo el mundo hizo que deseara salir volando en globo. Se daba cuenta de los cuchicheos cuando ella pasaba y también —y esto le hacía sentir algo tibio en el corazón— de las sonrisas solidarias.



Esa noche, tocaron el timbre de su casa. Eran Teo y su mamá. Paula se sintió un poco inquieta, pues no sabía cuál era el motivo de su visita. Hasta pensó que había hecho un ruido fuerte sin darse cuenta.

—¿Podemos pasar un momento? —preguntó amablemente la mamá de Teo.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo Paula cuando estuvieron sentados en la sala.

—Más bien, Teo y yo venimos a ofrecerle nuestro apoyo —respondió la vecina—. Teo me comentó que la despidieron y que dieron como argumento su sordera, además de que conservaron en su trabajo al profesor Augusto cuando él comentó que mantenía a su familia.

—Así es —convino Paula.



—En el despacho donde trabajo hay un abogado laboral y le comenté su caso. Me explicó que aquí hay una situación de falta de igualdad y de triple discriminación: por la edad, por la pérdida auditiva y por ser mujer. Mañana me ayudará a redactar una carta, Teo y sus amistades recolectarán firmas entre toda la comunidad escolar, luego la llevaremos a las autoridades escolares. También le he pedido a papás y mamás que conozco que la publiquen y hablen del caso en sus redes sociales. La directora de la primaria nos apoya. Veremos qué pasa, pero yo confío en que el director va a recapacitar.

Paula sintió las mejillas calientes y una bolita en su garganta creció con velocidad. Nunca fue una persona de lágrimas fáciles, pero lo que estaba pasando la conmovía mucho. Teo la miraba y en sus ojos pudo ver la solidaridad que notó todo el día en la escuela.

—Quiero decirles que me siento apenada por no haberme ocupado antes del tema de mi sordera. Quizá pensé que si no le daba importancia, si no volteaba a verlo, era como si no pasara nada —Paula se detuvo y encogió los hombros para luego continuar—. Obviamente no es así. Los problemas, al no mirarlos, se hacen más grandes. Agradezco mucho su apoyo.

La mamá de Teo apretó la mano de ella y sonrió. Paula aceptó su mano, la apretó, y también sonrió.



PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



TERCERA EDAD E IGUALDAD DE GÉNERO

La igualdad de género es un derecho constitucional establecido para todas las personas. Desde el momento en que la Constitución consagra que los derechos de las mujeres y los hombres son los mismos, esto debe atravesar a todos los grupos en situación de discriminación. Sin embargo, no siempre ocurre así. Con frecuencia vemos cómo, si existe discriminación hacia personas mayores, existe doblemente para las mujeres; es decir, hablamos de una doble discriminación o de la misma discriminación de género que se prolonga hasta la última etapa de la vida.

En esta historia, cuando Paula es despedida de su empleo como bibliotecaria escolar y conversa con Augusto, su colega aparentemente en la misma situación, se hace evidente la injusticia de la que es víctima por cuestiones de edad y género:

—Paula... a mí no me despidieron —repuso Augusto—. El director me pidió que no te dijera, pero no tengo cara para mentirte.

Paula abrió los ojos como lunas y ahogó un grito. El profesor de música continuó.

—Hace una semana me dio los mismos argumentos que a ti: que la música ya no le interesaba a nadie, que haría una sala de computadoras en mi salón, que nos despedirían a los dos... todo igual. Yo le dije que no





podría dejar de trabajar porque mi esposa se quedó sin empleo hace un año y mi hija menor todavía vive con nosotros. Yo mantengo a mi familia, necesito este ingreso. Y me dijo que, en ese caso, a mí me conservaría el trabajo hasta mi jubilación, pero a ti no, que al fin y al cabo nadie depende económicamente de ti.

Augusto no quería ni verla a los ojos, solo pudo encoger los hombros.

—¡Augusto...! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Qué te hace pensar que yo no necesito mi salario? ¡A mí nadie me mantiene, yo pago todos mis gastos! Para mí es importante mi jubilación, ¡no quiero depender de Lorenzo y María! ¿Acaso esperan que yo encuentre otro trabajo? ¿Una bibliotecaria, a mi edad?

La Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres tiene por objeto regular y garantizar la igualdad de oportunidades y de trato entre mujeres y hombres, así como proponer los lineamientos y mecanismos institucionales que orienten a la nación hacia el cumplimiento de la igualdad sustantiva en los ámbitos público y privado, promoviendo el empoderamiento de las mujeres y la lucha contra toda discriminación basada en el sexo.

También la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia define la violencia contra las mujeres como cualquier acto u omisión, con base en su género, que les cause daño físico o sufrimiento psicológico, e incluso la muerte, así como daño patrimonial, económico o sexual, tanto en el ámbito privado como en el público. Afortunadamente Paula encuentra sororidad y recibe el ofrecimiento de ayuda de su vecina y de Teo, su hijo:



—En el despacho donde trabajo hay un abogado laboral y le comenté su caso. Me explicó que aquí hay una situación de falta de igualdad y de triple discriminación: por la edad, por la pérdida auditiva y por ser mujer. Mañana me ayudará a redactar una carta, Teo y sus amistades recolectarán firmas entre toda la comunidad escolar, luego la llevaremos a las autoridades escolares. También le he pedido a papás y mamás que conozco que la publiquen y hablen del caso en sus redes sociales. La directora de la primaria está con nosotros. Veremos qué pasa, pero yo confío en que el director va a recapacitar.

Paula sintió las mejillas calientes y una bolita en su garganta creció con velocidad. Nunca fue una persona de lágrimas fáciles, pero lo que estaba pasando la conmovía mucho. Teo la miraba y en sus ojos pudo ver la solidaridad que notó todo el día en la escuela.

Por otra parte, la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, en su artículo 5°, establece que es obligación de las instituciones públicas estatales, federales y municipales, la comunidad, la familia y la sociedad garantizar el acceso a las personas de la tercera edad a una vida con calidad, y al ejercicio de este derecho sin discriminación alguna.

De igual forma establece que debe garantizárseles respeto a su integridad física, psicoemocional y sexual, al igual que contra cualquier forma de explotación, así como a recibir protección de las disposiciones de la Ley Federal del Trabajo y de otros ordenamientos de carácter laboral. Por su parte, las familias de las personas adultas mayores son responsables de proporcionar los satisfactores necesarios para su atención y desarrollo integral, como alimentación o convivencia, y promover valores que incidan en sus necesidades afectivas, de protección y de apoyo. Lamentablemente, la protagonista de esta historia no siempre recibió una actitud de comprensión:

—Mamá, ¿por qué esperaste hasta que pasó todo esto? —preguntó María con tono cortante.

Paula se quedó un momento en silencio.

—Bueno, no ha sido fácil... el doctor me dijo que mi tímpano sanaría solo y no fue así. Al final, se trata de aceptar que una envejece, que el cuerpo no se recupera igual que antes —reconoció Paula—. Además, he estado averiguando los precios de los aparatos... ¡los buenos son carísimos!

—Ya lo dije: admitir que estás envejeciendo no es fácil y...

—Mi esposo y yo iremos a una boda en dos semanas en Cuernavaca —la interrumpió su hija—. ¡Y no podemos dejarte a las niñas! ¡Qué preocupación, si no oyes nada! ¡Hay que resolver lo del aparato ya, para que puedas estar con tus nietas!



Esta historia de ficción es una oportunidad para disfrutar una obra literaria de gran calidad y reflexionar cómo, lamentablemente en la realidad y a pesar de nuestras leyes, las mujeres mayores con frecuencia se ven violentadas por situaciones similares.

Consideramos muy importante involucrar a las niñas, los niños y personas adolescentes en la problemática de las personas mayores, en especial las mujeres, ya que es un compromiso de la ciudadanía que redituará sobre todo en una nueva actitud y la esperanza de un futuro mejor.





UN HILO HELADO

La edición estuvo al cuidado de la
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral
y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.



CLAUDIA NAVARRO nació en la Ciudad de México y estudió Diseño Gráfico en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP, hoy FAD-UNAM).

Ha trabajado para distintas editoriales en México y el extranjero, como lo son: Norma con *Yô y mi sombra*; Nostra Ediciones con *Kayapó, jibaros y cashinahuas* y *Quiero ser un héroe*; Edelvives con *El beso* y *Me*; Barefoot Books con *La Frontera* (libro recomendado por *The New York Times*), *Dance Like a Leaf* y *Dinner on Domingos*; El Naranjo con *El viejito del sillón* y *El velo de Helena* (Premio Fundación Cuatrogatos); Arte Público Press de la Universidad de Houston con *La divina Catrina* (Premio Campoy-ADA 2020, en la categoría de poesía infantil 2021); Panamericana Colombia con *¡Qué extraños son los terrícolas!*, *Los arreglavoces del bosque*, *La pulga* y *el barco de Alekos* y *Negrito*; Children's Publishing House (China) con *La huida de Blanca Nieves*.



Paula es una adulta mayor que ve violentados sus derechos y pierde su trabajo como bibliotecaria. Esta conmovedora historia es ejemplo de lo que muchas mujeres tienen injustamente que enfrentar, a pesar de estar protegidas por nuestras leyes.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y jóvenes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y la participación activa en la sociedad.